

Se ha investigado con éxito en el cuerpo y en el cerebro humano, pero no se ha logrado saber lo que es la mente, la inteligencia del hombre. El pensamiento es escurridizo y misterioso: ronda como un fantasma invisible e intangible por los recovecos de nuestro cráneo, y ha desafiado a los psicólogos y filósofos de todos los siglos.

Sabido es que la mente precisa del cerebro y éste, del cuerpo, para vivir; pero no es parte integrante de ninguno de los dos. Descubrir lo que es la inteligencia, constituye, sin duda, uno de los problemas más importantes para el progreso y la felicidad del hombre en este mundo.

Cada cual conoce sus propios sentimientos y se imagina que los del vecino serán —poco más o menos— parecidos a los suyos. Tenemos parientes muy cercanos y amigos íntimos; pero, ¿los conocemos? ¿Sabemos lo que ellos sienten y piensan en un momento dado, bajo la máscara de los prejuicios y los convencionalismos sociales?

El que esto escribe —modesto aficionado a la psicología— confiesa que le gustaría ser... todos los hombres. Porque, ¿cómo se puede amar al prójimo sin comprenderlo; sin bucear en las más profundas raíces de las motivaciones? Pero como es imposible penetrar en la mente de los demás, hay que volver sobre uno mismo y tratar de analizar nuestro propio sentir y pensar. Ese tratar de «leer dentro» de nosotros mismos, se llama —como es bien sabido— introspección, pero sus resultados son escasamente satisfactorios, pues nuestra mente no está capacitada para conocerse a sí misma. Hay siempre un límite ante el cual se detiene el propio investigador: sus cualidades o defectos. Por imparcial que pretenda ser, sus conclusiones aparecerán siempre deformadas por su propio prisma...

En este mundo, no todo se puede analizar y definir, y la mente del hombre, con su indudable fuerza, no es capaz de descifrar su propio misterio. Quizá lo más apropiado para «penetrarla», será adoptar la estrategia de los hebreos en la toma de Jericó: dar vueltas a su alrededor para estrechar cada vez más el cerco, hasta entrar dentro de la ciudad. La inteligencia es invisible, pero sus efectos sobre el cuerpo humano, son patentes, y además influyen en sus actos y dirigen los sucesos del mundo. En este caso, si el entendimiento se refleja en las obras, debería ser fácil conocer, a través de ellas lo que la mente piensa; pero no siempre las acciones revelan un mismo pensamiento.

El ceño fruncido de un hombre, puede expresar enfado, preocupación, ira, perplejidad... o dolor de cabeza. La matizada sonrisa de la «Gioconda» puede significar amor, decepción, fastidio, ironía... La cara no es, por consiguiente, el espejo del espíritu, ya que la mente humana abarca multitud de pensamientos y sensaciones, mientras que los movimientos del cuerpo son pocos y limitados.

Muchos errores se cometen al interpretar mal una acción o expresión y son contadas las personas que comprenden que un hecho que parece sospechoso, no contiene ni malicia, ni torcida intención.

Sin embargo tiene el cuerpo algunas formas de expresarse que no son domeñables por la inteligencia, tales como los latidos del corazón, la respiración y el movimiento de las glándulas. Si la conciencia trata de fingir, el corazón late con más rapidez, debido al esfuerzo. En cambio ante una sensación de miedo, sus latidos menguan. El hambre y la sed suelen provocar la saliva y ciertas emociones hacen fluir el sudor. En otras ocasiones el proceso físico — como en la vergüenza — consiste en una dilatación de los vasos sanguíneos periféricos, originando una aglomeración superficial de sangre que se percibe generalmente en el rostro y muchas veces hasta en el pecho. Como el sujeto no puede dominar estas funciones de su organismo, lo delatan cuando trata de ocultar alguna cosa.

La psicología ha descubierto también unas emanaciones o vibraciones semejantes a las de la radio, y la ciencia ha logrado hallar aparatos receptores, no de sonidos, sino de pensamientos, emociones y sensaciones.

Parece, pues, que se ha inaugurado una nueva ruta y se ha entreabierto la puerta de un oscuro recinto, en donde la conciencia humana ha permanecido prisionera durante siglos. Es como si se comenzara a descifrar el significado de la Esfinge de Gizeh, que podría muy bien ser el símbolo de la mente humana, ese enigma...

J. M. A.